

útil lectura para aquellos estudiosos preocupados por las transformaciones de la estratificación social en general.

Droit de conquête et droits des Indiens, Thomas Gomez, París, Armand Colin, 1996, 281 pp.

Es bien sabido que la incorporación de América al mundo occidental contribuyó de forma considerable al enriquecimiento de los campos del conocimiento en Europa. Hubo grandes avances en dominios tales como la geografía, la navegación, la cartografía y las ciencias naturales, pero además se abrieron nuevos espacios al saber y la experimentación. Al mismo tiempo, la aparición de situaciones desconocidas hasta entonces suscitó el interés de los eruditos, que consagraron gran parte de su tiempo a encontrar respuestas satisfactorias a las cuestiones metafísicas, filosóficas y políticas causadas por el ensanchamiento del mundo.

El derecho, comprendido como la norma que rige y codifica las relaciones entre los hombres, debía resolver la mayoría de las cuestiones relativas al tratamiento que había de otorgarse a las poblaciones amerindias. Por ello, fue el ámbito de interminables discusiones y debates, que mezclaron la naturaleza jurídica y la teológica.

En España, la primera mitad del siglo XVI se caracterizó por una intensa actividad intelectual. La política de la Corona española no

era amiga de improvisaciones y no estaba dispuesta a tolerar comportamientos y situaciones que no aparecieran recogidos en los códigos de gobierno preexistentes. Al haberse quedado inoperantes por las nuevas situaciones, los monarcas exigieron respuestas que fuesen fruto del saber y la reflexión de las autoridades reconocidas en la materia. Por ello, durante el primer medio siglo posterior a la conquista y la colonización, se celebraron innumerables reuniones de intelectuales y expertos. En ellas se basó la política de la corona de Castilla. Es bien conocida la influencia de determinados personajes, sobre todo religiosos. Un buen número de teólogos y juristas eran a la vez consejeros y confesores de los príncipes. El derecho de conquista, la conversión de los indios, su pertenencia al género humano o la determinación de su grado de humanidad, su capacidad para recibir las nuevas enseñanzas, el derecho a someterlos al trabajo compulsivo, su forma de gobierno y muchos otros puntos, constituyeron el origen de doctas polémicas. En general, puede decirse que el humanismo español participó sin reservas en la búsqueda de soluciones para los nuevos problemas suscitados y en la aplicación de estructuras sociales y políticas justas y viables. Estas últimas muchas veces resultaron ineficaces, no debido a su naturaleza, sino al ser modificadas por quienes veían en ellas un freno a su codicia. Las resoluciones de estos humanistas

otorgaron un fundamento teórico a las decisiones del poder político y legitimaron la acción del gobierno.

El libro que nos ocupa proporciona las herramientas conceptuales necesarias para comprender todos estos problemas (primera parte: «Derecho natural y derecho de gentes»; segunda parte: «La génesis del derecho colonial») y luego un estudio sintético de las diferentes cuestiones (tercera parte: «Los indios y el derecho»; cuarta parte: «La controversia de Valladolid»), situadas en su contexto histórico. La obra se acompaña de un amplio corpus documental que combina textos bien conocidos con otros que lo son menos. De su lectura, el autor concluye que la brecha que se generó entre la teoría legislativa elaborada en la península, lejos del escenario de los hechos y bajo la presión de los grupos de interés, y la realidad americana, se fue agrandando poco a poco hasta hacerse infranqueable. Los indigenistas resultaron impotentes ante la ferocidad de la colonización, pero las controversias que se suscitaron por la conquista militar y espiritual fueron el origen de avances considerables en cuanto a las relaciones entre los hombres y los Estados.

En definitiva, estamos ante una obra que resultará de utilidad a quienes se inicien en el americanismo o, como dice Thomas Gomez, a quienes se interesen por las relaciones humanas en el respeto de la diferencia, la libertad, la tolerancia y la dignidad. La importancia del texto es que está publi-

cado en Francia para ser utilizado por estudiantes franceses. Se trata de un excelente resumen que conserva los textos en el español original en que fueron escritos.

Pedro Pérez Herrero

Las iniciales de la tierra, Jesús Díaz, Anagrama, Barcelona, 1997, 421 páginas.

Toda obra de arte, aunque reivindique su independencia absoluta, está unida a su tiempo, a la transformación política y social de su entorno. Así, *Las iniciales de la tierra*, de Jesús Díaz, sería inimaginable sin la Revolución Cubana, que recorre sus páginas desde la ilusión, el entusiasmo y, finalmente, desde el desencanto.

La novela estuvo prohibida en Cuba durante doce años, hasta que pudo publicarse, con gran éxito, en 1987. Sin embargo no está escrita desde el resentimiento o el odio, sino desde el dolor del que ve diluirse una hermosa esperanza.

Carlos Pérez Cifredo, el protagonista, ha de recapitular su vida en una asamblea donde sus compañeros deben decidir si merece la condición de «trabajador ejemplar». A partir de ese examen, rememora su vida, desde la infancia prerrevolucionaria hasta la adolescencia —con las represiones de la dictadura de Batista—, la llegada triunfal de Fidel y los propios hitos de su existencia como estudiante, miliciano, combatiente de Girón y adminis-

trador de un ingenio azucarero durante la enloquecida zafra de los diez millones. Y también sus combates con el amor.

Esta peripecia intentísima es –para tirios y troyanos– la novela crítica de la revolución cubana por antonomasia. Y también una gran novela. *Las iniciales de la tierra* está llena de una extraordinaria mezcla de lenguajes –del cine al cómic, sin olvidar las invenciones verbales, musicales, la explosión, en fin, de toda una época llena de vértigo, cuya ordalía aún continúa.

La ironía de las cosas logra que una obra implacablemente crítica y por eso atacada, se convierte, a la larga, en un entrañable canto a la revolución, donde el humor que se ríe de la ortodoxia sectaria se alterna con el aliento épico que anima algunas de sus empresas más visionarias.

Cinco moscas azules, *Carmen Posadas*, Extra Alaguara, Madrid 1996, 379 páginas.

Cuando el viejo Molinet, aristócrata venido a menos ya ha decidido gastarse sus últimas libras para suicidarse en un sofisticado y caro hotel marroquí, se encuentra con una sobrina en un restaurante de Londres y escucha una historia de infidelidades que termina en muerte y que no le interesa demasiado. Pero inopinadamente, se cruzará en el lujoso hotel elegido con los cuatro protagonistas de esa historia.

Desde ese momento, Carmen Posadas desarrollará su novela en dos planos; una intriga policíaca, que el futuro suicida estudiará como un entomólogo, y la propia decisión de Molinet: intervenir como justiciero que diagnostica la mediocridad de una clase dominante y arribista. Y al mismo tiempo llegará a interpretar su trauma personal y la clave de su homosexualidad.

Puede decirse que esa intriga policíaca funciona bien, pero no deja de ser un *Mc Guffin* que ayuda a su espectador-protagonista (y a la elegante autora) a distraer al lector, mientras se despliega detrás una suave pero sarcástica descripción de esas parejas más o menos irregulares. Son unos madrileños de alto *status* económico y pretensiones elitistas, que representan a una sociedad que puebla el Madrid de los 80, con su frenética búsqueda de la ganancia rápida y con escrúpulos escasos.

Como ha señalado algún exégeta, la autora conoce bien esa clase superficial y posmoderna que satiriza; su novela puede haberse orientado en su clave crítica tras verse rozada por el escándalo político-financiero que involucró a su marido Mariano Rubio, en 1994, que considera injusto y falso. Un hecho que puede dar al libro una curiosidad morbosa que no necesita.

Este retrato corrosivo (basta recordar el personaje del periodista que resume el tipo de información influyente y poco escrupulosa) puede acotarse significativamente con las citas de viejos manuales de

costumbres que inician irónicamente cada capítulo.

Viajes de niebla, Pedro Sorela, *Alfaguara, Madrid 1997, 378 páginas.*

Toda lectura es un viaje. Al interior y al exterior de la vida y el mundo. Pero estos *Viajes de Niebla* recorridos por Pedro Sorela, son casi tan enigmáticos como su protagonista Iñigo Gayán de Gáldor, llamado Niebla. Porque este conde poeta y anarquista, partidario de la República, a la inversa de sus pares y parientes, sólo emprende viajes al final de la historia. Y esa es una de las peculiaridades de este libro; su protagonista esencial sólo aparece con tanta discreta economía dramática que casi resulta invisible. Pero omnipresente y enigmático.

En primer plano, destaca su protagonista visible, la joven hispanoamericana Camila, descendiente de una poderosa familia de la República de Santiago, con su capital Tres de Marzo. Imaginaria ciudad ésta, pero que recuerda –valle brumoso a más de 3.000 metros de altura– a Bogotá. Camilia conoce en París a un joven diplomático español, hijo de una familia aristocrática y rancia de blasones e ideas, casualmente primo de Niebla. El joven matrimonio conoce el regreso a tierra americana y volverá a España cuando estalle la guerra civil.

La historia es una ida y vuelta entre una España años 30 y una América de márgenes tropicales y

altos valles fríos. El autor, Sorela (Bogotá, 1951) es hijo de español y colombiana. También parece haber hecho muchos viajes entre continentes y memorias. Una aristocracia añeja y en decadencia se aferra a sus tradiciones, desde Europa, mientras la familia americana crea sus privilegios de apenas un siglo, tras afinar sus costumbres patricias y poscoloniales con un baño de idiomas y etiqueta aprendidos en Londres y París.

Hay en el autor una mirada crítica sobre la sociedad emergente y ya estratificada del nuevo mundo (¿por qué Nuevo?) y el cisma de la guerra civil, vista sobre todo desde los protagonistas monárquicos y por ello futuros perdedores. Entre ambos mundos la historia amorosa (con un triángulo latente) que engendra exilios cruzados donde la ironía va a dejar paso a la tragedia.

José Agustín Mahieu

Memorias de un soldado cubano. Vida y muerte de la revolución, «Benigno» (Dariel Alarcón Ramírez), edición e introducción de Elisabeth Burgos, *Tusquets, Barcelona, 1997, 354 páginas.*

Reclutado como guerrillero en su adolescencia, Benigno, un campesino analfabeto, se incorporó a la lucha armada por venganza, como él mismo dice. Luego pasó a las filas del ejército regular cubano, bajo las órdenes de oficiales a ve-